

EL ROSTRO SAGRADO

Sergeant Alaric

©SergeantAlaric, 2012.

web personal: <http://www.eclecticomania.com>

email: sergeantalaric@gmail.com

Editado por Lulú.

<http://www.lulu.com>

Segunda edición, diciembre 2012.

ISBN: 978-1-291-23813-6

EL ROSTRO SAGRADO

Dedicado a mi Querida Madre.

*Ilumina mis lustos, Oh, Luz Divina,
guíame en la senda, Tú eres mi antorcha, a Ti me entrego.*

Nota del autor al lector

Amable lector, muchas gracias por haber adquirido este humilde poemario, la opera prima de un desconocido autor, con la que no pretende ni la fama ni el dinero, pues aquélla puede ser muy ingrata con quienes la padecen y éste lo obtiene mediante otros oficios, si no más nobles sí al menos más lucrativos.

El eje que vertebra esta obra es la filosofía panteísta, sobre la que se hace una escueta introducción aclaratoria, para que usted, amable lector, pueda comprender la esencia de lo que se trata de representar, así como fijar el contexto para la operación de su entendimiento. Se añaden además otros poemas complementarios de índole diversa.

El autor mantiene como breve ideario el no participar en ningún acto público o entrevista donde publicitar su obra, ni publicar ninguna fotografía propia. Asimismo, manifiesta no poseer ningún tipo de afiliación o afinidad con ningún partido político. Si algún lector atribuye alguna connotación de este tipo a la obra, es por él ahora advertido de que ésta sólo puede ser una idea general filosófica y nunca una posición concreta de la política mundana. Hace público su desacuerdo con posibles politizaciones de algún poema, puesto que con el cuerpo de este libro sólo se persigue el fin del disfrute del lector, posterior al disfrute del humilde autor que lo ha escrito, y nunca el abanderar ningún tipo de ideología partidista.

Además, el propio escritor manifiesta su desacuerdo con la instrumentalización de la poesía y de los certámenes poéticos, así como con la concepción purista que somete muy estrictamente la expresividad y emotividad de las composiciones a formas métricas que potencialmente pueden constreñirlas y diluirlas, por forzarle a utilizar unas palabras que no eran exactamente las que él pretendía utilizar. Se comprenderá esto al leer los sonetos, que no son estrictamente sonetos, puesto que en ellos se han utilizado explícitamente las justas y exactas palabras imaginadas, esto es, se le ha dado prioridad a la semántica y expresividad frente a la forma, a costa de perder el exacto ajuste total al corsé que impone la referida forma métrica en lengua castellana.

El libro ha sido autoeditado, como la propia palabra indica, por el mismo autor, para lo que ha contado con el total de la libertad. Se ha usado como editor L^AT_EX, que es un desarrollo libre del proyecto GNU.

Introducción a la filosofía panteísta

El panteísmo es un sistema filosófico que identifica a Dios con el universo. Para los deístas, Dios es un artífice exterior, un mecánico que da cuerda al mecanismo del reloj universal. El teísmo concibe un Dios personal, infinito y todopoderoso, creador del mundo, que lo regula de acuerdo con su infinito amor y sabiduría. El panteísmo, por el contrario, no se ocupa ni de la mecánica ni de la revelación, pone simplemente lo finito y observable en estrecha relación intrínseca con Dios. Mantiene que el universo autoexistente y evolucionante, considerado como un todo, es Dios. En realidad este sistema filosófico no llega a explicar satisfactoriamente las viejas cuestiones que se planteó el ser humano desde el principio de su existencia, y que originaron las religiones, pero ninguna religión lo hace realmente. Se queda por lo tanto en un conjunto de ideas bellas y evocadoras, que podemos vivir intensamente si nuestra actitud es la de observar, aprender, y amar al Cosmos, lo que se conoce en esta filosofía como amor de Dios, esto es, el hecho de que Dios se piensa a sí mismo desde la existencia de todas sus criaturas, un cierto egoísmo de la Totalidad.

El panteísmo tuvo a lo largo de la historia diversas manifestaciones, como por ejemplo la escuela eleática, el neoplatonismo, el estoicismo y el averroísmo, que desembocaron en el renacimiento de esta filosofía en poetas románticos como William Wordsworth.

Una de las más elaboradas concepciones del panteísmo halló expresión en la filosofía de Baruch Spinoza, filósofo holandés muy admirado por Albert Einstein, al que sin duda atrajo también esta manera de pensar; es grande su belleza y coherencia. Otro gran científico al que podemos identificar claramente, por sus obras, con este movimiento, es Charles Darwin, ya que su concepción de una naturaleza que abarca la totalidad, y se autorregula, con sus propias leyes, y que dan sentido a todo, con todo el poder imaginable, no es sino la manifestación visible del movimiento al que aquí me refiero.

Hubo en realidad muchos filósofos previos a Spinoza que abrazaron estas bellas ideas, como por ejemplo Plotino o Giordano Bruno -éste último quemado en la hoguera-. Pero tal vez el más importante dentro de este movimiento fuera el filósofo holandés. Spinoza consideraba expresamente el mundo finito como un modo de la sustancia absoluta y eterna, Dios, el cual posee los atributos de pensamiento y extensión. Por lo tanto si quisiéramos describir en dos palabras el panteísmo, podríamos decir que es un monismo lógico.

En el siglo XVIII resucitó la filosofía de Spinoza, ya que las grandes figuras de la literatura alemana, Goethe, Herder y Lessing, basaron en dicha filosofía un sistema panteísta de religión natural. También atrajo este sistema filosófico a la moderna filosofía alemana, me refiero aquí a figuras como Schelling o Hegel, y ya adentrados en pleno siglo XX, tenemos a la identificación de materia con energía y de ésta con el espíritu de Ernst Haeckel, según la cual se ve en la evolución del universo la operación del espíritu como energía en la materia. Similar opinión fue expresada por Eduard von Hartmann, quien ve el alma del universo como un Inconsciente cósmico activo a través de la naturaleza material. Por lo demás, la tendencia a identificar a Dios con los aspectos creativos del universo indicaría que el panteísmo como tal no existe ya, por haberse convertido en un pancosmismo amorfo, o en un panenteísmo (doctrina del "todo en Dios"), como el que formuló Krause, afirmando a la vez la transcendencia de lo divino, a la manera de Plotino.

En este pequeño libro trato de expresar mi propia visión del panteísmo. Yo veo en el amor de Dios a sí mismo, en nuestro continuo estudio del universo, una fuente de placer inagotable. Además veo a un Dios caprichoso, más allá del bien y el mal, carente de toda convicción moral. Es por lo tanto obligación del hombre el utilizar este bello capital humano -la ética- en su beneficio, no tiene sentido dejar que la mano invisible de Dios opere a sus anchas precisamente abstraída de lo que es bueno y de lo que es malo. Nosotros sí sabemos -nuestro sentido común nos lo permite hacer- distinguir los hechos de esos dos tipos. Por lo tanto debemos emplear nuestra ética para mejorar el mundo, no podemos aceptar los designios de la mano invisible, porque muchas veces ésta se rige por el azar y la espontaneidad, que no siempre es la solución óptima desde nuestro punto de vista para nuestro universo particular. Es por ello que yo identifico a Dios con la Naturaleza y le doy el calificativo de "Dios de la suerte". No hay más que observar el modo en el que se produce una mutación genética, un producto del azar, y que condiciona para siempre la vida de un individuo y de parte de su descendencia. La estadística sólo es un modelo que ve ciertos patrones en el azar, pero jamás puede predecir el devenir de la Naturaleza. En ésta existen infinidad de procesos físicos y naturales que están precisamente imbuidos de este poder universal del azar, el "Dios de la suerte".

Parte I

Verso libre

Hemorragia versicular

¿Qué efímera marca
queda del agua en
la sección del cauce?
Ninguna.
Cada segundo y cada sección
son traspasados
irrepetiblemente,
como transeúntes ebrios
a través de callejas sombrías,
como viajeros en barcas perdidas
en un lejano océano.
Así es el tiempo
y así son las palabras.
Su fluyente murmullo evoca
el irvenir de las rosas,
que nacen y mueren
inadvertidamente,
pero que me ilusionan,
porque la Diosa Naturaleza
sufre y padece y llora
y empuja y tira y arrastra
y sopla y calienta y alumbra
para que cada primavera
las flores expresen su pasión
y desgarran el lloro de las niñas
y de los colegiales insensatos,
y de las bellas mujeres
y de los amantes incansables
y de los tímidos indecisos.
Mas el cauce existe por el agua,
es el arroyo quien lo labra.
Luego me alegro.
Porque tal vez las palabras
no sean solo palabras
que el viento dispersa
y tal vez la claridad
impresiona las retinas,

y quizás también en tu corazón,
niña querida,
haga mella el gorjeo de un pájaro,
o el rojo de una rosa,
o el chillido del gavilán,
o los graves de mi voz,
y sola, en silencio, sientas
que los versos sangran en el papel
y que imploran amor.

Gambito por una dama

Sacrifico cada átomo de mí
en cada palabra, en cada verso.
Cada célula de mi orgullo
se funde en esta celada.
Pero cada palabra, cada verso,
pueden ser bisturís
dulcemente emponzoñados
que corten diplomáticamente
en las vísceras más guardadas,
agudos mercaderes
que comercien veneno por linfa.
Cada palabra, cada verso,
pueden ser áspides en las tinieblas,
esperando gozosos el ataque,
ansiendo el rigor amor-tecido
de la derrota,
adoctrinados en una
mística estrategia.
Mas qué alegría si de este
galimatías de palabras
de flor y sangre
emergiera un gambito por una dama,
una jugada sempiterna,
sin remate definido,
lenta y flemática,
que garantizase posiciones ventajosas,
y no el beneficio inmediato de
una partida ganada
en una meliflua noche del estío.

Pájaro callado

Quererte a ti es tan fácil
como querer a un pájaro callado.
Tan fácil como observarte.
Un pájaro pinzón
con ojos oscuros y grandes pestañas.
De plumaje suave y negro
y de dulce gorjeo.
La viva expresión
de la espontaneidad
de la Naturaleza.
Me aflige pensar que haya hombres
que cazan aves como ésta,
especies casi extintas,
para su diversión,
o que las encierran
en jaulas de mimbre,
o que les cortan las alas.
Me entristece.
Pero mis ojos sangran
la lluvia de abril
y mi corazón
yace en medio
de una tempestad arreciante
cuando pienso
que un pájaro amará
a otro pájaro
y no a un brusco hombre
que lo espante.

Breve Historia Universal

De antes del principio lo ignoro todo.
No creo que exista nunca una criatura
que averigüe cómo fue.
Algunos piensan que hubo un Sumo Relojero
que puso a andar el mecanismo.
Y que sacó los engranajes
de donde no existían.
Me parece una idea extraña.
Otros piensan que el principio nunca existió,
sino que comienza y retorna un ciclo sin fin.
Quizás, pero aún no acabo de entenderlo.
También dicen que el espacio
se curva en otras dimensiones.
Y que sus criaturas proyectan su sombra
en nuestro mundo.
Cierto, pero aún no he
contemplado sus sombras.
Además he visto cómo los sabios
deliberan en sus escritos sobre
el curso de los hechos.
Vaya forma más curiosa de entretenerse.
Les diré lo poco que conozco sobre esto.
Sé que pertenezco a la más curiosa
estirpe del cosmos.
Mi cuerpo tomó forma con la semilla
de quienes me precedieron.
Poco importa mi nombre y mi condición,
algún día volveré como carne inerte
a las entrañas que me dieron a luz,
más pronto que tarde.
En mi cerebro yace grabado parte
del conocimiento de nuestra especie.
Lo poco que he aprendido.
Y como el cuco en abril
voy contando aquí y allí
el contenido de mi obtusa sabiduría.

Carezco de ninguna importancia.
Sólo soy un eslabón que
se oxida lentamente.
Nada más.
Chasqueo un dedo y cuento
un segundo insignificante.
Ya ven qué trascendencia tendrá
ese segundo. Ninguna.
Pero aunque sea esto así,
si juntamos en un balance
todos los instantes anteriores a ahora
vemos la gran perspicacia del cosmos,
las esferas giran de formas curiosas,
nos mantienen en su seno,
no han alcanzado ese equilibrio
en un momento agraciado
por un hechizo de brujería.
Parece haber un libro infinito
escrito en cada árbol, en cada río,
en cada brote resplandeciente de hierba,
el libro que nuestra estirpe
nunca ha dejado de leer,
que a veces se torna angustioso
pero casi siempre esperanzador.
Los continentes derivarán y
sus civilizaciones seguirán preguntándole
al viento las viejas, ancianas cuestiones
que ya plantearon en las cavernas,
las viejas preguntas del por qué
y del cómo, e igual que en una
burla o broma despiadada
la contestación seguirá siendo el silencio
de la planicie, el vacío del valle,
la melodía incesante del agua,
y la promesa que cada anochecer
deja grabada el antiguo astro
en los aledaños de Occidente,
la promesa de que habrá un día más.

Delirio de Amor

De repente aparece una niña...
Como única botella
de Licor Maravilla,
toroidal en mis ojos,
sellada pero transparente.
Como serpiente de color gradual
en una habitación oscura.
Como antípoda especular
en un planeta de dos caras.
Bebería,
hasta que este Delirio
fuese hijo del Delirium...
Enfrente de la puerta cerrada
soy aspirante a sabio de los colores.
Tiraría del cabo que ciega la cerradura,
el cabo donde me acabo,
hasta encontrar la cabeza,
y me sorprendería o no, no sé,
sorprendiéndola morder el remate,
hacerse infinita para mí.
Siendo hemisferio
haría de esta Tierra nuestra
reloj de Tierra.
La abocaría,
desbocado por su boca.
Los polos de ahora
serían fuente y sumidero,
fruto y lengua ávida en el estío.
Caruscrito me siento
con la tinta invisible que desprende
como el agua oceánica
donde la luna escribe.
Rúbricas coléricas
o calmas líneas arabescas.
Desterrarla de mí
sería peor que despertar
y verme en un bosque oscuro

de manos podridas
con uñas venenosas,
ondeando a mi alrededor,
amenazantes,
y zozobrar en el huracán
que al moverse generan,
hasta ser una de ellas.
Ojalá que aún no lo sea.
Sería peor que sudar la sangre.
Peor que ser esófago cuando
cansado de ser pasillo
se dejase tragar por el aire.
Sería peor que ser tierra
fértil de camposanto
y ver cómo los cadáveres,
aburridos de ser cadáveres,
se destierran y discrepan
sobre sus tenencias etiquetadas.
Peor que, poesicida,
malparir este poema
de nombre Delirio
de Amor de apellido,
hijo mío, por tanto
también de ella.

El mundo del mañana

Me gustaría pensar
que tal vez, algún día,
el mundo será
de los seres insignificantes...
De los ancianos que regalan
caramelos a los niños,
de los mendigos,
que no tienen nada,
de los inofensivos hombres
que observan los pájaros,
de los jardineros
que cuidan cada rosa,
de los empleados
que se esfuerzan
por llegar a fin de mes,
de los barberos
que entretienen
al cliente,
de los relojeros viejos
que añoran a la Bergman,
de las novias buenas
y estudiosas,
de los niños de mirada
húmeda y tímida,
que serán los hombres
del mañana,
y de los poetas anacrónicos
que escriben versos
como éstos,
y que aguardan el retorno
del imperio de la inocencia.

Mi protectorado

Aunque el buen Prometeo no dispuso
que me hallara en sus huestes,
y mi talento no es llama sino chispa
que se desvanece, volátil, en lo
ancho de los siglos,
y mis obras sólo son frágiles y contadas
margaritas que alegran la vista
a algún caminante perdido
en la senda esta primavera,
y aunque no soy dios ni ángel,
ni mi genio sorprende a los sabios,
tengo al menos el tesón del general
que avanza cauteloso por tierras extrañas
y consume sus azarosos días
con la pasión del gavilán que acecha
y captura a su presa,
y descarna su vida,
pues la suya propia de ello prosigue,
y que consagra su efímera juventud,
su sangre, y la amargura
del martirio de las tempestades
en la única y noble tarea
de conquistarte como protectorado.

Diálogo con la Madre

Madre, ¿dónde he de escuchar tu cansada voz?
A veces el viento beligerante parece traerme
la sinuosa narración de tu juventud plañidera,
es la historia de tu sufrimiento, por tus criaturas
sollozaste todos los aguaceros, por tus hijos
consumiste el fuego de los nidos de estrellas,
me admiro de tu noche de verano centelleante
cuando el sueño parece dominar tu genio iracundo,
esa quietud láctea la desearon los césares en los siglos,
por las jerarquías los hombres lucharon en las jornadas,
y en las noches estrelladas pensaron en tu grandeza,
desde seculares eras hasta los tiempos presentes,
oh, esa grandeza del pájaro y del microbio,
la grandeza del arroyo y del tulipán, de ti heredan
los hijos tu perspicacia, la matriz arroja hermosos vástagos.
Otras veces escucho la fluyente letanía del agua,
son las preces infinitas del riachuelo agradecido
veo tanta sabiduría en cada ínfima gota
invocando en coro al unísono la vieja balada.
Te escucho de las más numerosas formas,
junto al arrullo oceánico, en el admirable gorjeo del
pájaro, en el esplendoroso día del entretiem po,
tu voz me llega clara y diáfana pues
posee todas las residencias universales.
Algunas ocasiones, raras veces, me atemorizas
con la regañina al hijo mal criado, ese día cuando
el istmo parece querer quebrarse, cuando la tempestad
se encoleriza con todos tus retoños, cuando
el temblor advierte de tu soberbio temperamento,
pero, Madre, he de acatar tu genio y tu soberbia,
los hijos somos egoístas, compréndelo, cada día
que pasa hollamos más en tu faz, te haces vieja,
nuestro cariño es interesado, siempre lo ha sido,
arañamos tu rostro con alegre indiferencia.

Pasarán los eones, llegarán nuevas eras,
las civilizaciones se extinguirán y germinarán de nuevo,
pero tus vástagos seguirán escuchando tu vieja y
cansada voz, esa dulce y amorosa canción de cuna
del pinar atravesado por el viento, del río inmemorial,
del jilguero incubando en su prometedora morada,
porque, Madre, tu cariño es infinito.

Yo confieso

Yo confieso que
no quiero escribir algo bello.
Yo sólo quiero escribir algo sincero.
Podría armarme con tu hermosura
absorbiéndote con la mirada quieta
y absorbiendo el mundo
y decir por ejemplo
que el niño ha sonreído
o que el río se entumece
tras las lágrimas de Dios
o que el alcaudón corteja
con natural fruición a la hembra
y ambos son dichosos.
Y podría decir que el agua
susurra la historia del arroyo
y de los hombres.
Y que las montañas han vivido
el escalofrío y el temblor
del continente.
Podría decir que te he visto
llorar en abril
o que el mar transporta
la sabiduría de los pueblos,
y que el petirrojo abandera
con su egoísmo este margen
del bosque al atardecer.
También podría decir
que eres hija de la misma
Madre que trae cada hombre
y cada pájaro y cada flor,
y que te hizo bella y buena
como todo lo que ella
decide.
Y que una yerta rama invernal
parirá la misma vida
que conmueve al mendigo
y al terrateniente.

O que cuando callas
tienes el poder de hacer
llorar a un noble.
Y que el Cielo aguarda
a los hombres buenos.
Pero todo ello sería incierto.
Y sólo bastarían dos líneas
que dijese que si tú quisieras
te amaría hasta el último
de mis estertores.

A veces muero yacente

A veces muero yacente
en las largas noches
de insomnio,
y vuelvo a nacer después
como un cadáver desconforme
con su sino.
Y pienso.
Aquel niño de ayer
será anciano canoso,
o hueso pútrido, o ceniza,
pero el mismo niño.
Y así como esta montaña,
este árbol, esta piedra y este hombre
no volverán nunca
a gozar del
mismo instante,
ni volverán a mostrar
su faz impúber,
mi hiel se calma cuando creo
que la misma tierra,
la misma sabia, el mismo sílex
y el mismo amor fluirán
por cada vena
mientras la lluvia
marque las estaciones
y pueda decir tu nombre.

Ruego a la Virgen de la playa

Tampoco pido tanto.
Tan sólo una mañana,
en una playa hacia el Este.
Parido por el mar,
al amanecer.
Hermano rival del sol.
Emergido de un baño nocturno.
Ebrio de sal.
Y acudir junto a ti,
como sireno ladrón,
niña dormida en la arena.
Erguido.
Cabeza que eclipsa el sol,
interrupción.
Ser árbol girasol
y enguantarte con mi sombra.
Testigo de tu despertar,
bajar los párpados
y encerrarte en la retina.
Robarte con los ojos
lo que tengas en los tuyos.
La maquillaje de la lejanía.
Las esculturas que el mar
le dedica al gran dios y a ti.
Las algas olorosas,
guirnaldas ofrendadas a tu playa.
Un barco, peleándose
con los trazos de niebla,
para que los pescadores te vean.
Tal vez.
Abrigar con la voz
lo que tengas en los oídos.
el holadiós del mar,
incesante,
sucio mercader
que quiere alcanzarte

con su lengua.
El graznar de las gaviotas.
Dejar que nuestras palmas
se asfixien.
Tampoco pido tanto,
Virgen de la playa.

El libro sagrado

Los bólidos encienden los trazos
de la Sublime Escritora, ¿ves su luz allí?
No es el carmesí del poniente,
el rubescente color de la doncella
que se asoma a su penumbrosa galería,
ahora miríadas de astros nos contemplan,
miríadas de luces de millones de siglos,
la doncella duerme mientras los grillos
nocturnos invocan a sus lejanas deidades.
No es el carmesí del poniente,
es la lágrima instantánea la que consideras.
La lágrima de la que ahora sueña.
La estrella fugaz de un noble sentimiento.
Testigos de las eras enmudecidos nos examinan
desde las ignotas e incomprendidas bóvedas.
Ahora observa el lento planeta errante.
Sus epiciclos fueron descritos por los
siete sabios del Mundo Antiguo,
pero más de eso no fue penetrado
su opaco e inmemorial misterio.
Lo efímero y lo eterno comulgan
de la antigua idea del Cosmos.
Hay tanta majestad en lo infinito
de los magníficos Cielos.
Pulsan lejanos y desconocidos cuerpos,
y sus minúsculos y despreciables ecos
atravesan los espacios abarcando
nuestras insomnes pupilas,
reverberan las llamaradas de fuego
que se cuecen en los hornos estelares
e impertérritos las percibimos sin inmutarnos.
La leche de la doncella, la leche de Era
cruza el vasto dominio de las esferas,
guió a los marinos y mercaderes errabundos
en sus mundanos comercios y aún ahora
la vemos amamantando a sus retoños.
Cuenta con tu mecanismo los segundos,

segundos pasados serán, ni siquiera te
proveerán de más sabiduría,
la infinitud mantiene su viejo
libro a buen recaudo,
el viejo libro de innúmero volumen
donde el Universo se describe
sin prisa a sí mismo,
el libro de inacabables poemas de amor,
donde la anciana y sabia doncella se festeja,
recreándose en cada insignificante línea,
el amor a sí misma la obnubila.
Y guía el curso de los acontecimientos
a su más libre antojo.
¿Qué sabrá esa caprichosa chiquilla
de lo bueno y de lo malo?
Sólo se asegura de escribir en ciclos,
pues pretende un manuscrito
sin justicia ni pasión, sin principio ni final,
es el libro sagrado de la Anciana Escritora.

Esperanza

Acepta estos versos
como las contadas migajas
del único pedazo de pan
de un miserable mendigo,
que reparte entre los fieles gorriones...
...Porque mientras un mendigo
reparta su escaso pan,
...Mientras algunos nobles mozos
cortejen las feas del baile,
y acaricien mis tímpanos
las palabras de pan de trigo de mi madre...
...Mientras los músicos del metro
reciban monedas y dispensen sonrisas,
o los enfermos de la bilis negra
contraigan los atrofiados cigomáticos
con la labia del barbero,
o los locos de atar
tengan geniales intuiciones
con olor a almizcle
y sabor a azafrán...
...Mientras que de las tinieblas
se pase a la luz,
y de la luz a las tinieblas,
o mientras todo
sea tinieblas
y los huesos le
recuerden a los gusanos
y a los ratones
la nobleza del inquilino
del ataúd...
...Mientras este universo infinito
que existe desde siempre
y para siempre
perdure en sus ciclos,
esparciendo tus átomos
y además los míos
y los átomos de esta hoja
y de esta tinta,
mujer amada,
...Mientras tanto habrá esperanza.

Los versos a María Soledad

Como un día concreto de algún verano
los astros te fraguaron en cien mil conjunciones,
hermana de las aves, qué canto me reservas,
qué suspiro de los vientos en las noches punteadas,
me persigue y se me escurre al alborear oriente;
hermosura, el Gran Dios no reparó en gastos,
acumuló libros y manejó manuales, ansiaba el mejor engendro,
como para esta ocasión yo pretendo el verbo exacto;
cuánto bagaje de lirios callados y de aguas murmurantes,
de ocasos y de amaneceres, de valles eternos y de infusorios efímeros,
cuánta sabiduría de manantiales soterrados y de picos alzados al cénit,
de océanos en calma y de cataclismos para empezar un nuevo intento.
Tu concepción fue augurada por oráculos,
leyeron tu nombre en los Cielos, María Soledad,
todo indica algo extraordinario -dijeron-, de cabello negro vendrá
una niña, tan fiel como el perro que sigue a su amo, y lo sobrevive,
y lo aguarda sobre su sepulcro, tan noble como el río,
que distribuye su bondad por la ribera, pasarán dos mil años
y en el polvo de mi ataúd grabado pervivirá el recuerdo
de la joven que tan callado quise, desde tan cerca como desde tan lejos,
que perdí cada día y encontré en cada sueño, Soledad de mi soledad,
a mi lado yacerás con la sonrisa del cierzo,
mi María Soledad, silenciosa confidente eterna,
escucha, no es desdichado el embrión rebullente,
tampoco el reo en la espera de la soga
que la Naturaleza sentencia, pues tú lo acompañas,
no es infeliz el resto del inerte ser en las entrañas de la fosa.
Tú ya lo sabes, a ellos mi secreto desvelo,
mi amada tiene nombre de mujer, oigan todos,
solo en el vientre, solo en la vida, solo en la muerte.

Tu amor

Tu amor,..., ¡ay!, tu amor...,
tu amor es como hoja
que no alcanzo
y se mece
coqueta en lo alto
y parece burlarse
de un brazo que estira y
estira y no cubre el espacio...
...Mi amor,...,¡ay!, mi amor...,
mi amor es como
lobo aullando
a la noche constelada
clara y diáfana
te adelanto,
sin poder devorar
una estrella,
bebiendo la luna
en cada charco.
Pero,¡ay de mí!,
mi resuello mutará
en un hálito
y también siempre
llega el otoño
en que se desnuda
cada álamo
perdiendo cada día
un poco más de vergüenza
y de manto.
Y esa hoja elegida
caerá lenta a mi mano
despacio, muy despacio,
alguna tarde cualquiera
de algún septiembre cercano.
Y también las criaturas
suben al cielo
al final de sus años,
y se colmarán de luna
y de estrellas y de todo
lo que han deseado.

El soberbio balance

Qué soberbio histrión cohesiona el mundo.
Poco parecen importarles a este falsario
los ayes de la lombriz bajo el pájaro.
Pero su conciencia está tranquila,
la cuenta no es individual sino conjunta.
Suma el bien del ave cebada
con el mal del que su vida entrega
y verás que igual que antes cursa el arroyo.
Porque Él es Uno y Todo.
Advertimos sus atributos, se extiende
en la materia y su egoísmo es inmundo,
pues se piensa a sí mismo desde siempre.
Es capaz de la más ruin de las crueldades,
pero al mismo tiempo, observa,
caminante de esta primavera vegal,
observa cuánta hermosura encierra la rosa,
cuánta armonía en la inocente ave
que picotea espontáneamente sin pecado
y que manifiesta en su gorjeo las
presentes desavenencias con su competidor.
Formamos parte de este histrión,
Él es el mosaico de todas las criaturas,
de lo inerte y de lo vivo.
Cada pensamiento, cada movimiento nuestro
está afectado del mayúsculo
y primordial amor divino.
Ese egoísmo parece ser nuestro instinto.
Retorna eternamente Natura a sus
primitivos quehaceres, volverán las glaciaciones,
cataclismos asolarán la faz de Gaia,
volveremos a lo idéntico, a lo primigenio,
a la inocencia que vio nacer nuestra especie,
retornarán los mundos a sus pañales,
a las eras del bronce y del pedernal,
nuestra comunión con Ella es inevitable,
pero esa soberbia cuenta, el soberbio balance
lo seguirá llevando el histrión en sus libros mayores,
el debe y el haber de todas las criaturas
continuará manteniendo su saldo.

Las lágrimas negras de Enola Gay ¹

Si las tristes lágrimas negras de Enola Gay, lloviendo,
derritiesen radiactivamente corazones,
derritiesen tu corazón
dejándolo en carne viva.
Si lubricasen los candados perennemente oxidados
y convirtiesen campos yermos en vergeles,
si regasen los rosales en los hombres
y traspasasen cráneos,
traspasasen tu cráneo
trasustanciándose en una borrachera
de dopamina fresca en tu sistema límbico...
Si las tristes lágrimas negras de Enola Gay, lloviendo,
asesinasen la sed y el hambre,
necrosizasen los recios tejidos
del odio, la envidia y la venganza,
y diluviando inundasen todo de amor,
te inundasen de amor verdadero,
¡oh, mujer re-querida!,
entonces se cumpliría el imposible
epitafio de la inocente difunta:
Enola Gay requiescat in pace.

¹El 6 de agosto de 1945 es una fecha triste para la humanidad, ya que en ese día el avión Enola Gay dejó caer sobre Hiroshima la bomba atómica Little Boy. El nombre del avión está tomado de la madre de uno de los militares que iban a bordo. Al cabo de unos minutos después de la deflagración, y debido a la rápida evaporación del agua de la zona, empezó a caer una lluvia de grandes goterones negros, que duró algún tiempo. Como los quemados supervivientes a la explosión tenían mucha sed, bebieron de lo que venía del cielo. Estaban firmando su certificado de defunción. El agua estaba fuertemente contaminada, lo que supuso su muerte en pocos días. Como triste recuerdo -y en el honor- de todos los fallecidos a causa de Little Boy he escrito este poema.

Incesto consentido

No desarmaré los Cielos,
yo, el no amado,
que el firmamento fue cuajado
en centurias
y macerando prorrumpió del vientre
y aquí refulgen ubicuos
los astros que me acarician.
No clausuraré los frutos,
que de la amargura devienen,
tardos en las jornadas se sazonan
y en la añada endulzan
mis fauces hambrientas.
Ya que el amor cierto
no es hemorragia aguda sino
llanto incubado,
no es víbora sino lenta rosa,
que sutilmente se abre,
no es cópula de criaturas
sino caricia trémula.
El amor, el amor indubitable,
no es decir ahora y recibir el agasajo,
es más bien seguir callado
como herrerillo en escaramuza,
indultando cada ápice.
Dejadme en mi dulce agonía, bastardos,
indignos de vuestra Madre,
observadla en su lento cariño
de eones.
Porque llegará el día
en que más dulce trinará la alondra
en mis oídos,
y la brisa mecerá mis cabellos
como aya y niño de pecho,
y quizás las flores exhale
un perfume reservado en los siglos,
o tal vez los mares irrumpen
en el talud con el ritmo

de una marcha nupcial,
y así la Madre nos festeje,
y apruebe un amor consentido,
un incesto a voz en grito
otorgado con su silencio.

Me siento vivo

No puedo dejar estos versos
para mañana, será hoy cuando
la dulce tinta oscule un
manuscrito de esperanzas,
mientras el verano rumorea
en cada nido, en cada arroyo,
en el atardecer.

No esperarán hasta mañana
guardados en un plumín
yermo, nacerán hoy,
pues hoy me he sentido vivo,
al fin, tras una lisa pauta
de agonía,
como un puño alzado
en medio de una muchedumbre,
a luz serán dados como hijos
de un maridaje de alcoholes
tras las sienas.

Quisiera retener este aire puro,
quisiera que en cada eón
del universo que me aguarda
en mi existir y en el siguiente
esta savia de vida
fluyera como latido,
como relámpago incandescente.

Por fin me siento vivo.
Por fin brotan las palabras
como brota el agua
en el manantial
sin más obligaciones
o prejuicios o deberes
que nacer de la Madre
que todo lo da y que
todo lo puede.

Sin más obligación que ser,
que fluir sin candados,

como pájaro guiado
por las corrientes.
Por fin me siento vivo,
pues hoy he visto
pasar un ángel.

Mis rosas

Que las rosas por mí te visiten
y que en ellas encuentres
la belleza que en mí
no hallas en este momento.
En ellas guardo mi ser
e impregno mis dones,
ahora a tus ojos inciertos,
hállate por mí acompañada
con su presencia en tus temores
y algún día terminará este invierno.
¿Durarán acaso lo que
mi amor dure?
Antes ellas tendrán su fin.
Seguirán en su lecho de papel
inertes como un muerto,
guardarán la marca de
mi pasión de pájaro, pero algún día
por otras flores serán cambiadas
quizás por otro regaladas,
así terminará mi aliento,
y del libro serán extraídas
y aunque ese día mis rosas
tristes se mueran
por pasar a ser olvidadas
mi amor se mantendrá cierto,
y perenne, créete por mi querida.
Por testigo pongo al buen Dios
que mi cariño reside
en todas mis poesías,
y son éstas mis rosas,
que te regalo con mi talento
y para que vivas con alegría
a tu belleza y bondad las ofrezco.
Si algún día azaroso
te pinchas con alguna espina
no será el dolor de un tormento,

será que mis rosas queridas
por mí tu amor han descubierto,
y cuando llegue ese día
hallarás en mí la belleza
que en ellas ves en este momento.

A la memoria ²

A la memoria de Rivká
 y a la de Aarón,
 que yacen bajo las frutas
 de su prosperidad,
 a la memoria de Daniel
 y a la de Yehudá,
 que descansan bajo las herraduras
 de su forja,
 a la memoria de Laura
 y a la de Ilán
 en su lecho bajo los pájaros
 de su caridad y las palmas
 de su apostolado,
 y también en la memoria
 del rabino Löw,
 tras los muros derribados del gueto,
 donde los pinzones ramonearon
 de la abundancia
 hasta que la miseria anidó
 en sus guaridas.
 ...A la memoria de todos ellos...
 Porque todos duermen el sueño
 infinito aquí en Josefov,
 pero mi memoria no basta,
 ni la tuya, ni la de él,
 ni la de ellos, no bastan las
 memorias de todos ni de nadie,
 no hay memoria capaz
 de recordar la nada...
 ...pues hay cadáveres
 sin frutas, ni herraduras,
 ni pájaros, ni palmas,
 ni tan siquiera tienen nombre...

²En la ciudad checa de Praga, en el barrio judío de Josefov, donde hay diversas sinagogas, se halla además el impresionante y antiguo cementerio, donde están enterradas más de 10000 personas. Impresiona el hecho de que las tumbas se han colocado de manera amontonada, en sucesivas capas, y en una disposición aleatoria. Además, en las lápidas suele haber dibujos que a veces representan el oficio en vida del allí enterrado. Theresienstad fue un campo de concentración nazi ubicada en la Checoslovaquia ocupada. Löw es el nombre de un antiguo y carismático rabino de Praga, que destacó en muchas ramas del conocimiento.

...Pobres muertos sin nombre...
Difuntos que sólo Dios reconoce
y que ardieron en Theresienstadt
o que tomaron su última ducha
en Auschwitz.
A la memoria de todos ellos.

Canto acuático

Eterno es el canto del agua.
La escucho desde el puente, aquí,
en el mismo sitio donde la oropéndola
expresa su retórico desacuerdo
en las alturas de los frondosos abedules.
El ruiseñor silabea la réplica
escondido entre la maleza,
no parece haber maldad aquí,
aquí planto mi estandarte,
me quedo en este rincón del mundo.
Al otro lado de la presa
las truchas zigzaguean y
manifiestan sus acrobáticas artes.
¿Qué blasfemia puede haber en sus
primitivos e infantiles comportamientos?
Declina la tarde, dando paso lentamente
al imperio de las tinieblas.
Ahora son los grillos
los que acompañan con sus violines
el infinito murmullo acuático.
Me quedaría cien años en este sitio.
Qué lástima que el Gran Compositor
no haya cedido su partitura a las grises ciudades,
donde los edificios pugnan por los restantes
palmas de asfalto, donde pelean los tiranos
por ser cada día un poco más pobres,
pues la verdadera riqueza, amigo mío,
la verdadera riqueza se halla
donde el agua brota en tumulto,
donde el arroyo su natural relato murmulla,
donde hechiza el vaivén marino
la calma tarde del pescador de ribera.
Es rico quien escucha sin prisa el caprichoso
ritmo acuático, pareces oírlo, ¿no es cierto?
Aquí pasaría mi última gran jornada.
Eterno es el canto del agua.

El entretiem po de los canjes

Cae el tiempo como roídas frazadas
que exudan añejos vapores.
Como mujeres ancianas
esperando en los bancos
amores antiguos no consumados.
Como hojas de plátano amarillas.
Cae el tiempo...y aún no me amas,
y la lluvia que ahora me traspasa,
que traspiran mis huesos,
es testigo de mi duelo,
de la espera que me solivianta.
El jardín invernal tantos lustros a barbecho
aguarda el entretiem po de las rosas
que desangran a quienes las toman,
y de los canjes.
Trueco estos versos
por un rubor en su cara,
por una lágrima sola
por el caudal murmulando
en una sonrisa de niña.
Lo cambio.
Ay!...lo que daría
por saberla hipnotizada
en estas líneas,
por saber sin ver, imaginada,
sus colores, sus goterones de agua clorada,
sus dientes, frente a la ventana.
Cae el tiempo como viajes trasatlánticos,
al ritmo de las horas en mi alcoba
sueño.

No son tiempos de Pigmalión y Galatea

No son tiempos de Pigmalión y Galatea, no, no lo son,
se libra una batalla sin lanzas ni escudos, la muerte es lenta y dolorosa,
ténlo presente si quieres sobrevivir,
se parapetan los soldados tras las esquinas, los huesos temblorosos le
reclaman al mendigo,
escarba su mísero alimento entre los restos con demasiada frecuencia,
el mariscal dirige a sus desmejorados ejércitos,
los guerreros de la más cruenta lucha que jamás ocurrió, las huestes
de famélicas ancianas, de jóvenes músicos con la mano tendida,
de carismáticos empleados venidos a menos, de heroinómanos desden-
tados,
de prostitutas moribundas, de alargados individuos de ochenta libras,
avanzan sigilosamente por esta maraña de callejones y parques y ce-
menterios,
no saben donde les espera su mariscal blandiendo la güadaña,
en qué rincón habrán de acatar la orden postrera,
coloca tu linda cabeza sobre esta piedra, aquí en el cadalso,
el verdugo no se apiada de ellos,
y mientras tanto señores de alto linaje se pavonean y se sonríen, or-
ganizan bailes,
el verdadero baile lo tenemos ahí afuera,
los ministros se ufanan de dirigir la contienda, adquieren relojes,
los verdaderos relojes están en las vísceras, hay muchos por ahí a precio
de saldo,
se vende un riñón a buen precio, necesito seguir viviendo,
los importantes presidentes viajan y se reúnen y deciden, no es fácil,
claro,
merman los ejércitos cada segundo que fluye, la batalla no tiene fin,
y los oficiales se entregan a sus cotidianos quehaceres,
se tratan con refinada diplomacia,
se dicen bellas palabras con retorcidas intenciones,
las arcas de algunos engordan sospechosamente,
los soldados del mundo agonizan mientras tanto,
en esta batalla universal de la vida y la muerte,
mas una cosa sé cierta, la tengo bastante clara,

ese tumulto de oficiales trajeados con sus galones bien a la vista,
de presidentes desmemoriados según a qué hora,
de ministros sin escrúpulos, ellos, ellos son el verdadero
ejército de pordioseros, la verdadera miseria humana anida en sus
 abyectas miradas,
están ya podridas sus gastadas palabras.

Última voluntad del moribundo

Cuando la caprichosa
Dama Negra me ronde,
preparando la cita postrera,
implacable en su decisión de dónde
y cuándo aunque yo no quiera,
y lo que dentro de mí se esconde
se acoja a su cláusula perecedera,
y en esos días que confronte
los deseos y logros de la senda entera,
dejadme con mi Madre entonces,
dejadme con los pájaros que gorjean,
llevadme a ver el río y el monte
donde el martín y el petirrojo vuelan,
yo no quiero ni homenajes ni el pasaporte
a la fama y a la gloria eternas,
sólo quiero observar los pájaros
que se emparejan en primavera,
que se juntan y se hacen la corte
de forma espontánea y sincera,
que se aman y crían su prole
pues así la Madre lo desea,
hombres y mujeres de mundo,
aprended de su inocencia,
pensad un día, y desde entonces
volved a lo que ellos nos enseñan,
yo recuerdo los días de goce,
los días de niño en mi aldea,
recuerdo los peces del río,
mi madre besarme al ir a la escuela,
los pájaros que alegran al pobre
me alegraban por la carretera,
la lluvia me calaba en el bosque
el sol me acariciaba en su tregua,
estos valles y aquellos montes
cobijarán la progenie venidera,
imitad el cariño que al hombre
y a las criaturas entrega,

la Madre que pocos conocen,
bella, candorosa y buena,
Yo no quiero discursos,
ni mentiras, ni verborrea,
quiero sólo un beso sincero
y el amor de los que quiero
y me aprecian.
Acompañadme amigos míos,
los que ese nombre merezcan
engañadme si es preciso
antes de la noche eterna,
convencedme aún con artificios
de que no fue en vano
esta vida en la Tierra.

El poema de la vida

Arriba a la izquierda empieza la vida
como un poema empezado de repente,
un trazo que nace en la pluma esgrimida
por Su Majestad el dios de la suerte,
con su mano invisible a ella adherida
guiando el rumbo del caudal y la gente;
y Natura escribe con sangre de su herida
en una línea que se tuerce y se retuerce,
que con la amistad engorda su caligrafía
y con el amor manuscibe más fuerte,
garabateando con rapidez y alegría,
el ritmo del agua lo tiene presente
si de la juventud nos acompaña su lira
en una melodía de felicidad incipiente,
pero cuando se alcanza la sabiduría
y el sinsabor llega como un gordo gerente
clausurándonos la inocencia perdida,
cuando la soledad hace guardia en su fuerte
construyendo en el alma su guarida,
y la enfermedad su barco amarra en el muelle
pues de ultramar nos trae su mercancía,
y se instala despreocupadamente
para disfrutar de una larga estadía,
el sol a lo lejos declina penitente
tan lejos que no llega su luz mortecina,
y con el rigor y la impiedad de un presidente
el poeta culmina sin pesar su poesía,
suelta la pluma el dios de la suerte,
la última línea se escribe enseguida
abajo a la derecha termina la muerte.

Para ella

¿En qué recóndita fibra
han de tañer mis palabras?
¿Qué víscera o qué guardado humor
he de excitar siendo?
¿Acaso existen mágicas rimas
o sanguíneos versos
que sean dignos de tal premio?
Quiero llorar, déjenme llorar, caballeros,
porque tal vez esa fibra, o ese humor
o esa víscera no existan
y tal vez me distraiga
cuadrando círculos insondables
con la regla del corazón
y el compás del tiempo,
y probablemente todo sea en vano,
y ni en otra vida ni en ésta,
que algún día la Naturaleza
que dora la cebada
y cobija cada ave
y empreña cada lirio
y mata cada hombre,
me quitará para siempre
calmando mi corazón y mi sangre,
hallaré el sosiego de ser amado
por quien yo más quiero.
¿Por qué la eterna Naturaleza
de nuestras vidas
teje vórtices turbulentos?.
Sin embargo, es grato saber
que aquella primera imagen,
aquel primer sentimiento,
perdurará hasta que
un día me guarezca
de la lluvia tras una lápida
de mármol,
aunque quizás ella

se entregue a otro...
...En serio...
Y tal vez en el temido momento
del óbito la sonrisa
ilumine mi cara
con ese recuerdo,
y de mis labios brote
su nombre.

El rostro sagrado

Hoy he visto el rostro de Dios.
Era una faz de océano rompiente,
de algas y de pez oscuro.
Se trataba de volcán o montaña,
de aire montaraz y ceniza.
Su barba arbolíquena se mecía
como martín enmudecido
en la rama.
Y su nariz tallada,
como la de un conde,
un conde aburrido del
maltrato de las centurias.
Sospecho que la túnica
de mar empradizado mimetizaba
oropéndola o quizás abejaruco.
El cayado asido como mies y fruto
dirigía sus caprichosos designios,
ordenando centellas
y malpartos y muerte
pero también vida e instinto.
Rugían las criaturas
en alguna parte
y sus fauces medraban
y así su sonrisa divina olía
a presa o a estigma.
Y los huracanes
moldeaban su cabello,
y terremotos marcaban el pulso
en esa carótida henchida
que recibe el caudal de todos
los arroyos por todo lo ancho
y por siempre.
Desbordaba el agua y la sal
y las lágrimas se vertían
en regueros mansos,
con sabor a espuma marina.

Y sus ojos, esos ojos de arcángel,
esos ojos de órbita y estrella,
manaban dulzura y amor,
sangraban el candor
de los milenios,
esos ojos de eternidad
que absorben el dolor del extraño,
del mendigo, del pútrido leproso,
esos ojos de infinita piedad,
amor mío, tus mismos ojos ...

Tributo a William Shakespeare ³

Cuando la rosa mustia
que conservo se pudra
irreversiblemente,
y el río que en algún lugar
se besó con su afluente
tras los suaves meandros
muera en el mar;
cuando la cigüeña blanca
yazca con su cigüeño blanco
bajo los reverberos
de un sol hiriente
tras muchos años de solaz,
y cuando el verde trigo
parido de la simiente
a los amigos incomode
en el paladar
convertido en hostia crujiente
de bendecido pan...
Cuando el cirio
que un día se prendió
con un abrazo inocente
agote su cera en un altar
y las campanas doblen
por el aquí presente
yo qué sé en qué lugar;
y en ese día que me convierta
en terrateniente

³William Shakespeare es considerado tradicionalmente como el mejor autor en lengua inglesa. Aparte de ser un buen dramaturgo, también destacó como poeta. Me gustan particularmente sus sonetos, y entre ellos uno que es realmente precioso, y que ha servido de inspiración para el poema de más arriba :

Si a mis días colmados sobrevives
y cuando esté en el polvo de la muerte
por ventura relees
los inhábiles versos de tu amigo
con lo mejor de tu época compáralos
y aunque todas las plumas los excedan,
guárdalos por mi amor, no por mis rimas
superadas por hombres más felices.

de un recinto cuadrangular
asistas al funeral
de aquél que tanto te amó
y que tú no quisiste amar,
llorarás amargamente,
pero mi dicha cambiará
porque olvidaré la rosa
y el río, y la cigüeña
y el cirio y el trigo
y el pan
y a aquella niña inocente
cuya bondad ciertas
noches me hizo llorar,
y olvidaré esta quimera
que ahora describo impaciente
que me consume
hasta el final.

Promesa

Pernocharía entre anaqueles.
Cegaría mis retinas
con la luz mortecina
de los candiles.
Me haría el más sabio
de los dialectos
vivos y muertos,
erudito en palimpsestos,
doctor en códices latinos,
y en manuscritos mozárabes.
Buscaría por todo lo escrito
y lo por escribir,
desgranando el rosario
de los versos y las estrofas
con el duermevela
como único descanso,
y con el ataúd como lecho
prematuro.
Juntaría versos en poemas,
combinando todas las sílabas,
escribiría volúmenes cifrados,
tal vez así lo conseguiría,
o quizás con sonetos inmaculados.
Mi vida entera dedicaría,
si supiera fijo el hallazgo
de aquélla palabra que
te conmoviese, la que fuera,
ya fuese belleza o candoroso,
o ruiñeñor o benevolente
o nobleza o designio,
y de aquella frase
que te enamorase.

Querida Madre

¿De verdad crees que Natura
entiende a los hombres?
Ella nos da el agua y el pan,
y la luz y el calor,
parece calmar nuestros apetitos.
Nos otorga la vida,
pero también la muerte.
Y también guía
al caudal en su lecho
y lo desborda cuando diluvia,
y revienta al océano en el rompiente
en un movimiento indescifrable,
y ese mismo dios gobierna
a los astros, al poder de la savia,
a la hoja que cae insignificante
que a nadie parece importar,
a la tempestad, al viento y al cataclismo...
Y selecciona según su medida
a las aves y a los hombres
aunque no nos parezca justo.
La mano invisible
cierra su puño salvaje
sobre cada miserable ser
y parece querer imponernos
su imperio.
Sigue mi consejo, toma las riendas,
busca, entiende, haz,
yergue tu cabeza orgullosa hacia el sol,
no dejes que Ella te convenza
con sus sutiles artificios
de su dominio.
El hombre ha de lograr
con su ciencia imponer su moral,
pues de este arte Ella no entiende,
pero cuidarla, amarla y venerarla,
puesto que uno no elige a su Madre.

Agonía

Oíd mi grito,
criaturas montaraces
sólo vosotras entenderéis,
con vosotras comparto mi lamento,
porque la misma pasión antigua
anida en vuestra sangre.
Derrumbaré las montañas
con esta rabia primigenia
y alimentaré los ríos
con mi llanto,
a mi raíz de pies y brazos
y huesos vuelvo,
a lo que siempre se mantuvo
y persistió, lo único que
me queda y siento.
Se trocarán los atardeceres
en infiernos,
girarán los lustros
unos detrás de otros,
lloverán diluvios los cielos,
los días será afilados
como fauces o cuchillos,
las noches ataúdes compartidos
con locos y asesinos,
los mares anegarán las tierras,
las tempestades cubrirán
los océanos,
eternas serán las jornadas
del invierno venidero,
el fin se cernirá
a grandes goterones
sobre el mundo entero,
miradlo cómo agoniza,
mi amor se está muriendo.

El grito de Zoltán

El cadáver de Zoltán
rezuma purulento
en el día de su obituario,
liberado del mundo.
Por cada poro mana el cianuro
que fue absorbiendo gota a gota,
como una esponja universal
esprimida por Dios.
Aún vibran entre las paredes
los ecos de su postrero grito,
al son de los tristes violines.
Observó el hambre y la miseria
y las lloró a escondidas,
como un niño entre las mantas
oyendo arreciar la tormenta.
Cuando la voz trémula de su madre
contenía su cólera,
el grito llegaba al entreacto
y una lágrima resbalaba
por cada mejilla,
un tropismo espontáneo
de un girasol agonizante.
Llorad una sinfonía,
haced de plañideras sin jornal.
Rezad por los mártires que
se hartan de pan en el Cielo
y que en la Tierra meriendan hostias.
Llorad por los mártires que no viven,
por los mártires ennavajados
que son engañados en las fruterías
por los fieles mal calibrados
a cambio de una propina.
Rezad por los que
soñaron en la Tierra
sin hacerse los dormidos,
y devolved al mundo
el agua destilada
de este ciclo sin fin,
como Zoltán lo haría.
Llorad por Zoltán,

cuyo corazón ya no late,
racionado entre cardiófagos
después de su postrero grito.
Rezad por Zoltán,
el último de los románticos.

Rosa specularis

El espejo daltónico vomita celoso del aire.

Vomita luces negras prestadas,

roba pétalos rojos

y rubores encarnados.

Los colores y las texturas

soliviantan su sentido enajenado.

Ni cóncavo ni convexo,

sólo aspira a ser prisma

divisor de las sustancias.

Su fuego polar

devora cada hoja,

cada fértil pistilo.

Y sueña con morir en las tinieblas,

desangrado entre las espinas,

o con dormitar entre aromas

y beber néctares y elixires

de un cáliz bendito.

Mi bestia negra

La bestia negra que me envuelve,
que me amordaza entero y me ata y me encadena . . .
La bestia negra es como una manta
que me ocluye la voz, una manta de pudor sudoroso,
súdo, no puedo, no puedo hablar ni pensar, . . .
La bestia negra me encarcela en un torreón
a la vista de cien cocodrilos hambrientos de temor,
es como un espantapájaros siniestro que
atormenta mi alma y no le deja ni balbucear,
es como despertar dentro de un mal sueño,
en la madrugada, rezumando bilis e intestinos,
los cocodrilos de miradas inquisidoras,
de réplicas y conjeturas y contraríos,
manando de fauces en punta,
dispuestas a estallar en sardónicas carcajadas,
esperando el temblor, con su rictus asesino,
esperando el tartamudeo de esta garganta trémula,
esperando que me hínque de rodillas y pida perdones
y suplique clemencias y piedades, soy humano, señores,
yerro con demasiada frecuencia, ustedes perdonen,
pero a lo mejor logro domarlos, con artes rebuscadas,
y tal vez al fin la multitud de verdes aligatores
rompa en una ovación y en un aplauso estremecedores.

Parte II

Sonetos

Soneto a Galicia

Por cien mil chaparrones fuiste criada,
te amamantó tu cielo gris del Norte,
y le hacen a la tierra aguada corte,
bajo el sol y las nieblas empreñada.

Preñado tú eres útero y ancho valle
que a luz trae el fuerte roble y petirrojos,
creo que está el mismo Dios en esos ojos
y que en las costas te imprimió su talle.

Esperanza de mil embarazadas
albergas por los hijos venideros
que todo heredarán bajo tu nombre,

Galicia, mi gran madre enamorada
del mar, del verde campo y de aguaceros,
de tu matriz de amor saldrán mil prohombres.

Soneto al Café Callejón Álvarez de Gato ⁴

Si por la calle Elfo anda despistado
y en Madrid busca la suprema sensación
pare y pruebe los huevos rotos con jamón,
de los dioses manjar más apreciado.

Con desenfado sirve Luis cada ración,
junto a náyades de cuerpo serrano
tomaremos dos tintos de verano
y bolandrines para toda una legión.

Y ahora que todo eso saco a colación
y lo escribo con lenta y diestra mano
y oficio del que de este bar es beato

le dirijo mi mejor recomendación,
amigo, del yantar quedará ufano
si come en Callejón Álvarez de Gato.

⁴En el barrio de Pueblo Nuevo, en Madrid, se encuentra en la calle Elfo una cafetería muy frecuentada, sobre todo en los fines de semana. La decoración me gusta especialmente, la música ambiental es muy agradable y nada ruidosa, y sobre todo, las raciones son fabulosas. En particular aquí cocinan unos huevos rotos con jamón y unos bolandrines de primera, que no tienen nada que envidiar a los de otros establecimientos de Madrid. El nombre de la cafetería está tomado de la calle, antiguamente callejón, Álvarez de Gato, del Barrio de Huertas, donde se desarrolla parte de la novela de Valle Inclán *Luces de Bohemia*.

Soneto a los que se casan ⁵

Socavas con el pico de minero,
socavas con ahínco en esa mina,
el fruto esperas de tu concubina
con el porte noble de un buen frutero.

De su amor eres el fiel tesorero
y te tiene en una nube azulina
aguardando una gran lluvia de harina
de cien retoños de pan, panadero.

Aunque me cele de joya y joyero
por la gran dicha que se os avecina,
y aunque envidiar de españoles es moda,

toda felicidad del mundo entero
os desea el que este soneto afina
el estival día de vuestra boda.

⁵Este soneto fue originalmente escrito con motivo de los enlaces matrimoniales de dos amigos míos, y sirvió no sólo para que practicase mi imperfecto arte del soneto, sino además para obsequiarlos con un detalle muy personal.

Soneto a la esperada Sofia ⁶

Como una rosa en una rosalía
o manzana en un pomar manzanero
querida fruta del dios jardinero
en su jardín naciente lozanía.

Augurio tengo de buen agorero
que el heraldo que le anunció a María
vendrá con su trompeta y algarabía,
cobrará entrada el celestial portero,

y con afectada melancolía
de arcángel noble y artista trompetero
diluviará el llanto en su melodía,

pues la áurea rosa del dios jardinero,
celestes estrella de nombre Sofía,
del Cielo a la Tierra caerá en enero.

⁶Mi cuñado y mi hermana me pidieron que escribiera un poema bonito dedicado a una niña, cuando ésta se hallaba todavía en el vientre de su madre, a modo de regalo. La niña se llama Sofía, un nombre que me encanta, y nació en enero de 2010. Espero no haber defraudado a sus padres.

Soneto a la relojería de Herminio Jiménez ⁷

Flor y nata de la bellaquería,
del gremio es el fortín más destacado,
los prosélitos de Fray Desenfado
se reúnen en la relojería.

Recibe en sotana Herminio sentado,
Fray Carlos diplomacia es y empatía,
Padre Amador soliloquia esta abadía
con somanta de hostias a Fray Murado.

Y si narrar quiere la fechoría
la que el gobierno última ha declarado
si a Federico Gutiérrez su hombría

lo dirige con afán deslenguado
con Herminio confronte su teoría,
con Herminio y sus secuaces de al lado.

⁷En el barrio de Pueblo Nuevo, en Madrid, se encuentra en la calle Federico Gutiérrez una relojería regentada por Herminio Jiménez, que me recibió con toda su amabilidad cuando era nuevo en esta ciudad, a raíz de lo que comenzó una bonita amistad. Allí he conocido a otras simpáticas y fenomenales personas, como Carlitos, Pepe Murado, Amador, o David, a las que les envíé un gran abrazo y dedico este soneto. Esta relojería va camino de convertirse en el centro de reunión del barrio.

Parte III

Elegías

Elegía a mi primo hermano Fernando⁸

Fernando,
yo sé que tu morada es cálida
y que acoge tu presencia.
Sé que en ese lugar
más allá de las esferas y de la oscuridad
el latido de la garganta no te aflige
y que te enredas en la telaraña
eterna del infinito, truhán,
te recordamos.
Atrás dejaste el claustro de la carne
y las sábanas perfumadas de lavanda.
Yo sé, sólo yo lo sé, cuánto aprecio
puede quedar escondido en los baúles,
cuánto amor fraterno queda golpeando
el herrero con su cincel en los cráneos,
cuánta sangre conyugal concluye yerma
e improductiva.
A lo mejor no fui justo contigo,
ahora eso no importa,
debió preocuparme antes.
He visto a titanes cayendo al vacío ingrávidos.
He visto sigilosos asesinos de afiladas navajas
camuflados en estómagos, en vejigas y en gargantas.
He visto cruces y ojos y sacerdotes ganando
su jornal como malhumorados
oficinistas en el trámite diario.
He visto una embarcación de caoba
preparada para el viaje
y un viajero callado y taciturno
por el mareo de este océano de cines y
hombres y sueños y dolores y vísceras corruptas.
Viajero sin retorno, tan temprano, pobre.

⁸Mi primo hermano Fernando murió a una temprana edad, con escasos 40 años, a causa de un traicionero cáncer de garganta, y en honor a la verdad debo decir que causó una gran pena su muerte, no sólo entre sus familiares más allegados, sino también entre la gran cantidad de gente que lo conocía, incluidos sus alumnos. Fernando era una gran persona, y su pérdida aún permanece candente en unos padres y una esposa que muy tristemente han visto cómo se enterraba a su hijo y consorte.

Elegía a Évariste Galois ⁹

Sobre tu tumba
 siempre habrá flores,
 pequeño gran Evariste,
 porque tu genio prematuro
 holló muy hondo en
 la tierra de los hombres,
 allí dejó su semilla,
 y nos trajo el agasajo
 de las más eternas rosas
 y de la imperecedera verdad.
 Ángel caído de los cielos,
 a ti dedico esta elegía,
 bienquerido retoño de Prometeo,
 en ti veo a un Dios benévolo,
 pues fueron tu corazón y tu sangre,
 las vísceras que guían cada ave,
 las que guiaron tu senda
 en tu efímera existencia.
 ¿Acaso el sino impera
 sobre el poder de los hombres?
 ¿Por qué acudiste al duelo,
 pequeño Évariste,
 y nos privaste de tu talento
 y de tu pasión?
 ¿No fue ésta tu asesina,
 la mano ejecutora que de ti
 nos dejó huérfanos?
 Jamás en los siglos
 se encenderá tu luz

⁹Évariste Galois fue un joven y brillante matemático que murió a la temprana edad de 21 años, en un duelo según se cree originado por un lío de faldas, lo que da cuenta de su carácter fuertemente apasionado. Vivió en la primera mitad del siglo XIX, y dejó un fabuloso testamento: el día previo a su muerte bosquejó en su celda el boceto de lo que ahora es la moderna teoría de grupos, en particular, dio vida a la teoría de grupos resolubles, grupos cuyos elementos se pueden poner en correspondencia con ecuaciones resolubles por radicales, dando así un empuje que pocas personas habían originado antes en el avance del álgebra moderna, y resolviendo un viejo problema que llevaba más de cien años sin solución, que concierne a las condiciones para la resolución de ecuaciones polinómicas. Sus trabajos fueron originalmente rechazados por la Academia de Ciencias Francesa, y Galois no los vio publicados nunca.

de nuevo, pero por siempre
serás recordado,
tus obras vivirán por ti,
pequeño gran Évariste,
héroe, ídolo con
los pies de arcilla,
pero sobre todo hombre.

Breves notas biográficas

El autor de este poemario, que utiliza el seudónimo de Sergeant Alaric, nació el día 7 de agosto de 1974. Es ingeniero de telecomunicaciones por la Universidad de Vigo, trabaja en Madrid como informático, y compatibiliza esta ocupación con sus investigaciones en el campo de las matemáticas, disciplina en la que pretende doctorarse, y con sus muchas aficiones, incluida la literatura.

Su página web personal www.eclecticomania.com es una ventana abierta a sus múltiples inquietudes, poesía y métodos matemáticos.

Índice general

Nota del autor al lector	6
Introducción a la filosofía panteísta	8

I Verso libre	11
Hemorragia versicular	13
Gambito por una dama	15
Pájaro callado	16
Breve Historia Universal	17
Delirio de Amor	19
El mundo del mañana	21
Mi protectorado	22
Diálogo con la Madre	23
Yo confieso	25
A veces muero yacente	27
Ruego a la Virgen de la playa	28
El libro sagrado	30
Esperanza	32
Los versos a María Soledad	33
Tu amor	34
El soberbio balance	35
Las lágrimas negras de Enola Gay	36
Incesto consentido	37
Me siento vivo	39
Mis rosas	41
A la memoria	43
Canto acuático	45
El entretiem po de los canjes	46
No son tiempos de Pigmalión y Galatea	47
Última voluntad del moribundo	49
El poema de la vida	51
Para ella	52
El rostro sagrado	54

Tributo a William Shakespeare	56
Promesa	58
Querida Madre	59
Agonía	60
El grito de Zoltán	61
Rosa specularis	63
Mi bestia negra	64
II Sonetos	65
Soneto a Galicia	67
Soneto al Café Callejón Álvarez de Gato	68
Soneto a los que se casan	69
Soneto a la esperada Sofía	70
Soneto a la relojería de Herminio Jiménez	71
III Elegías	73
Elegía a mi primo hermano Fernando	75
Elegía a Évariste Galois	76
Breves notas biográficas	78

